

Sensibilidad para los ideales de paz reclaman los intelectuales

Hace años, viajando en un barco carbonero desde Magallanes hasta Coronel, leía yo un libro de Roger Martin Du Gard, titulado: "Verano 1914", al final del cual se insertaba un poema de Pablo Neruda. El libro quedó abierto en esa página sobre la mesa de la cámara de ingenieros; sólo estábamos en ella, después de cenar, un cuarto ingeniero y yo.

—¿Ud. entiende algo de eso...? — me dijo con curiosidad.

—¡Sí..., más o menos! —le respondí dubitativamente.

—Mire aquéllo —me dijo, indicándome una línea del poema, y agregó—: ¿Podría Ud. decirme lo que quiere decir?

Lo leí: "Llamaría como un tubo lleno de viento o de llanto..." En esos mismos instantes ululaba el viento entre las jarcias. No supe qué responder. Lo entiendo le dije, pero..., con un gesto desesperado tomé una botella vacía que había a nuestro frente y soplando en ella, como hacen los niños con cualquier tubo de vidrio, arranqué ese tembloroso llanto de sirena que todos Uds., seguramente, habrán escuchado más de una vez en sus juegos infantiles.

—¡Eso es —le dije—, un tubo lleno de viento o de llanto!

Me miró, como si mi cara se hubiera transformado de repente en la faz de un caballo, o algo así. El ingeniero se marchó sin decirme una sola palabra.

Nunca pensé que podía llegar a repetir algún día este suceso en un recinto de tan alta cultura como este Salón de Honor de la Universidad de Chile; pero a repetirlo no, a contarlo sí, porque a Dios gracias no me encuentro en el cubichete de un barco carbonero, no tengo frente a mí botella vacía alguna que soplar, ni cuarto ingeniero que interroge mi sabiduría en el paraninfo desolado de la universidad del mar.

He aquí que algunos más tarde me encuentro con un libro de 300 páginas, titulado: "Poesía y estilo de Pablo Neruda", "Interpretación de una poesía hermética", por Amado Alonso, gran poeta a su vez, y prosista español; todo un bello libro dedicado a la filosofía y a la ciencia poética Nerudiana, trescientas páginas de sabiduría peninsular, para responder a lo que yo contesté con un soplo en el gollete de una botella, en un instante de naufragio literario en medio del mar.

Naturalmente, lo primero que busqué en el libro de Amado Alonso fué aquel "tubo lleno de viento o de llanto", y por suerte lo encontré allí, analizado de este modo. Pertenecía a "Barcalora", y dice así:

Si existieras de pronto, en una costa lúgubre, rodeada por el día muerto, frente a una nueva noche, llena de olas, y soplaras en mi corazón de miedo frío, soplaras en la sangre sola de mi corazón, soplaras en su movimiento de paloma con llamas, soplaras en sus negras sílabas de sangre, crecerían sus incesantes aguas rojas,

PABLO NERUDA COMO VOZ DEL COSMOS

Por Francisco COLOANE

El miércoles de la semana pasada tuvo lugar en el Salón de Honor de la Universidad de Chile, un acto de homenaje a tres figuras cumbres de la literatura y el arte chilenos: Gabriela Mistral, Pablo Neruda y Claudio Arrau, organizado por el Movimiento Nacional Pro Paz, al cual dichos artistas han adherido. De ellos tres, Neruda es quien ha tomado parte más activa en este movimiento de los intelectuales, en favor de la paz mundial, constituyéndose en uno de sus dirigentes internacionales.

Inició el acto el Presidente del Comité Nacional, Guillermo del Pedregal, ex Ministro de Estado, quien llamó a la comprensión y unidad en torno a los ideales de paz universal en los hechos, y señaló el lugar destacado que ocupan en las filas de los luchadores por la paz las más altas figuras del arte universal. Le correspondió al escritor Francisco Coloane referirse a la personalidad y obra de Neruda, en el trabajo que publicaremos a continuación. La distinguida actriz Inés Moreno presentó a través de una "Vida y pasión de Gabriela Mistral" los poemas maternales de nuestra gran poetisa, y puso de relieve la resuelta actitud en favor de la paz de Gabriela Mistral. El compositor y director Juan Casanova Vicuña, al referirse a Claudio Arrau señaló el lugar del arte y del artista, en la convulsión actual del mundo, y pidió sensibilidad para los ideales humanitarios, que desean ver al mundo libre de la guerra. La profesora Olga Poblete dió a conocer el Llamamiento de Estocolmo para prohibir el uso de la bomba atómica, y declarar criminal de guerra al primer país que intente emplear esa arma de destrucción en masa. El acto se efectuó en medio de una concurrencia desbordante.

En la imposibilidad material de ofrecer una versión completa de los trabajos ofrecidos en esta trascendente manifestación de los intelectuales chilenos en favor del movimiento mundial por la paz, daremos en seguida solamente el del escritor Francisco Coloane, sobre la poesía y la actitud combatiente del más grande de nuestros hombres: Pablo Neruda.



y sonaría, sonaría a sombras,
sonaría como la muerte,
llamaría como un tubo lleno de viento o de llanto.



Congoja de agonía espiritual —analiza Alonso—. Si soplaras en mi corazón, frío de miedo, si soplaras en lo que tiene de corazón, no de caracol, si soplaras en lo vivo, en la sangre, en el aleteo llameante, entonces sonarían sus golpes de bomba irrigadora, hablaría directamente el corazón con sus negras sílabas de sangre (el pulso), sonarían sus sílabas, flujos de roja marea, crecerían sus incesantes aguas rojas, y sonaría sombra y agónicamente, clamaría el corazón caracol como el lamento del viento entubado (¿es viento o es llanto?).

Los ojos de Pablo Neruda —dice en otra parte Amado Alonso— son los únicos en el mundo constituidos para percibir con tanta comprensión la invisible e incesante labor de autodesintegración a que se entregan todos los seres vivos y todas las cosas inertes, por debajo y por dentro de su movimiento o de su quietud. Son los únicos condenados a ver el drama.

Del río que durando se destruye,

Verso espléndido, donde se encierra la imagen definitiva de esta dolorosa visión de la realidad".

Teorías científicas modernas dicen que la vida, probablemente, se originó por la irradiación ultravioleta del sol



a través de una atmósfera sin oxígeno que no era la de ahora, e irradiando sobre un espeso y nutrido océano primitivo. De ese contacto habría surgido la primera célula que, como zigzagueante saeta, habría ido a posarse en la arcilla fecunda. Allí, en la greda, el hijo del rayo y de las aguas se convirtió en alga y pez, en musgo y gusano en la orilla, que desintegrándose e integrándose mutuamente a través de la infinitud de las edades fueron formando la costra vegetal sobre la oscura, metálica y ciega bola que rueda en los espacios abismantes. Luego el árbol creó la atmósfera oxigenada. El gusano en su camino fué oscilando entre sus dos orígenes, horadando su sendero en el barro y levantando la cabeza por sobre el musgo cada vez que tropezaba con un rayo de sol. De tanto elevarla hacia la luz, un día se encontró de pie; pero arrastró consigo la yesca, musgo macerado en sol.

Desde entonces están de pie en el borde de la tierra, acompañándose gusano y musgo, hombre y árbol. El árbol quedó prendido a la tierra para siempre, viviendo hacia arriba y hacia abajo, para poder dar a su compañero su aliento, la atmósfera oxigenada que necesita el hombre, y sustentándolo, además, con su más tiernas raíces. Luego, el viento vino y le dió su voz, risa y llanto, y al chocar en la ardiente yesca nació la tibia lengua vibrátil, como la saeta primitiva, y desde entonces hasta ahora modula, acerca de su oscuro origen, para decirse: ¿quién soy? y ¿a dónde voy?

A veces, esta voz adquiere todas las resonancias del camino recorrido, y en ella como si la sublimizada saeta

quisiera construirse otra atmósfera aún, lejos del árbol, se oye, se sienten todos los ecos del universo en desesperado ir y venir. Este trance es la voz del poeta, del gran poeta como Pablo Neruda, que brotara de este lado de América, para hondear al mundo con su cósmico eco. Corre en la alta noche muy cerca de las estrellas, vocea desde las profundidades del mar en una caracola, lame al planeta en su jira, traspasándolo todo, enraizándose en todo, yendo y viniendo desde y hasta su origen, ese dramático punto donde ocurrió el milagro de la fuerza creadora.

En la búsqueda de su origen y destino, choca, a veces, con los muros levantados por su propia mano, y como una mariposa ciega palpa la materia, la ausculta, la interroga, cae rendido de admiración como en las "Alturas de Macchu Picchu":

Águila sideral, viña de bruma
Bastión perdido, cimitarra ciega.
Cinturón estrellado, pan solemne.
Escala torrencial, párpado inmenso.
Túnica triangular, polen de piedra.
Lámpara de granito, pan de piedra.
Serpiente mineral, rosa de piedra.
Caballo de la luna, luz de piedra.
Escuadra equinoccial, vapor de piedra.
Geometría final, libro de piedra.
Témpano entre las ráfagas labrado.
Madrepéora en el tiempo sumergida, etc.



En un artículo titulado: "Neruda, poeta grandísimo", Ramón Gómez de la Serna empieza diciendo: "Yo que estoy en playa solitaria para juzgar los poetas y las circunstancias, puedo decir que en días cruentos y antes de evadirme de ellos, los únicos libros que pude leer entre el estruendo de la pólvora fueron los de Neruda. Fui de los primeros que se dieron cuenta de que él era el portador de la verdad poética nueva en el castellano universal, ni el de allí, ni el de acá, sino el que está por encima de todos en la estratósfera."

Hubo un momento, sin embargo, en que creí que peregrinaba de muerte cierta clase de poesía, por haberse metido en el tremedal de las circunstancias, pero como ha dicho el poeta Artaud: "cuando la guerra se va, la poesía entra".

"Ya la prosa esperaba engullirse a esa poesía —continúa Ramón Gómez de la Serna—, porque la prosa es la tierra a que va a parar el nuevo cadáver de la poesía "el cadáver exquisito".

"Pero el jinete del caballo verde había salvado del abismo".

En esa misma época se hizo en España una tirada especial de sus tres poemas inéditos los "Tres Cantos Materiales", y a la cabeza de esa tirada apareció este preámbulo, firmado por los mejores poetas de la España contemporánea.

El preámbulo decía:

(PASA A LA PAG. 6)

PABLO NERUDA COMO VOZ DEL COSMOS...

(Continuación de la 1.ª Pág.)

"Chile ha enviado a España al gran poeta Pablo Neruda, cuya evidente fuerza creadora, en plena posesión de su destino poético, está produciendo obras personalísimas, para honor del idioma castellano.

"Nosotros, poetas y admiradores del joven e insigne escritor americano, al publicar estos poemas inéditos —últimos testimonios de su magnífica creación— no hacemos otra cosa que subrayar su extraordinaria personalidad y su indudable altura literaria.

"Al reiterarle en esta ocasión una cordial bienvenida, este grupo de poetas españoles se complace en manifestar una vez más y públicamente su admiración por una obra que, sin disputa, constituye una de las más auténticas realidades de la poesía de lengua española".

Rafael Alberti, Vicente Alexandre, Manuel Altolaguirre, Luis Cernuda, Gerardo Diego, León Felipe, Federico García Lorca, Jorge Guillén, Pedro Salinas, Miguel Hernández, José A. Muñoz Rojas, Leopoldo y Juan Panero, Luis Rosales, Arturo Serrano Plaia, Luis Felipe Vivanco.

En su revista "Caballo verde", Neruda, escribe en España, en 1935, con el título de conducta y poesía, lo siguiente:

"Cuando el tiempo nos va comiendo con su cotidiano decisivo relámpago, y las actitudes fundadas, las confianzas, la fe ciega se precipitan y la elevación del poeta tiende a caer como el más triste nácar escupido, nos preguntamos, si ha llegado ya la hora de envilecernos.

"La adolorida hora de mirar como se sostiene el hombre a puro diente, a puras uñas, a puros intereses. Y cómo entran en la casa de la poesía los dientes y las uñas y las ramas del feroz árbol del odio.

"¿Es el poder de la edad, o es, tal vez, la inercia que hace retroceder la fruta en el borde mismo del corazón. O tal vez, lo "artístico se apodera del poeta, y en vez del canto salobre que las profundas olas deben hacer saltar, vemos cada día al miserable ser humano defendiendo su miserable tesoro de persona preferida?

"¡Ay, el tiempo avanza como ceniza con aire y con agua! La piedra que ha mordido el légame y la angustia florece de pronto con estruendo de mar, y la pequeña rosa vuelve a su delicada tumba de corola. El tiempo lava y desmenuja, ordena y continúa.

"Y, entonces, ¿qué queda de las pequeñas podredumbres, de las pequeñas conspiraciones del silencio, de los pequeños ríos sucios de la hostilidad? Nada, y en la casa de la poesía no permanece nada sino lo que fué escrito con la sangre, para ser escuchado por la sangre".

Esto ocurría, y fué dicho por Pablo Neruda allá por el año 1935, estando en España. Desde entonces hasta ahora el poeta no ha hecho otra cosa que ratificar y ahondar con sus actos y con su verso esa "conducta y poesía".

El adolescente apasionado, gran poeta ya, de "Crepusculario" va pasando en el tránsito de esos quince años a ser el más grande poeta revolucionario de nuestro tiempo. Abrasada su alma por la hoguera de la revolución española escribe en "España en el corazón":

Preguntaréis: Y dónde están las lilas?
Y la metafísica cubierta de amapolas?
Y la lluvia que a menudo golpeaba
sus palabras, llenándolas
de agujeros y pájaros?

Preguntaréis por qué su poesía
no nos habla del sueño, de las hojas,
de los grandes volcanes de su país natal?
Venid a ver la sangre por las calles,
Venid a ver
la sangre por las calles,
venid a ver la sangre
por las calles!

La guerra española sólo fué el preludio de la hecatombe que, luego, en medio de ella, nuevamente abrasado cantara, precisamente, no un himno de guerra en "Canto de amor a Stalingrado":

En la noche el labriego duerme, despiere y hunde su mano en las tinieblas preguntando a la aurora: alba, sol de mañana, luz del día que viene, dime si aún las manos más puras de los hombres defienden el castillo del honor, dime aurora, si el acero en tu frente rompe su poderío, si el hombre está en su sitio, si el trueno está en su sitio, dime, dice el labriego, si no escucha la tierra, como cae la sangre en los enrojecidos héroes, en la grandeza de la noche terrestre, dime si sobre el árbol todavía está el cielo, dime si aún la pólvora suena en Stalingrado.

Continúa ahondándose esta "actitud y poesía", cuando en el poema dedicado a Lincoln: "Que despierte el Lefador", expresa:

Paz para los crepúsculos que vienen,
paz para el puente, paz para el vino,
paz para las letras que me buscan
y que en mi sangre suben enredando
el viejo canto con tierra y amores,
paz para la ciudad en la mañana
cuando despierta el pan, paz para el río
Missisipi, río de las raíces,
paz para la camisa de mi hermano,
paz en el libro como un sello de aire,
paz para el gran Koljós de Kiev,

paz para las cenizas de estos muertos
y de estos otros muertos, paz para el hierro
negro de Brooklyn, paz para el cartero
de casa en casa como el día
paz para el coreógrafo que grita
con un embudo a las enredaderas,
paz para mi mano derecha,
que sólo quiere escribir Rosario,
paz para el boliviano secreto
como una piedra de estaño, paz
para que tú te cases, paz para todos
los aserraderos de Bio-Bio,
paz para el corazón desgarrado
de España guerrillera,
paz para el pequeño Museo de Wyoming
en donde lo más dulce
es una almohada con un corazón bordado
paz para el panadero y sus amores
y paz para la harina, paz
para todo el trigo que debe nacer,
para todo el amor que buscará follaje,
paz para todos los que viven: paz
para todas las tierras y las aguas.

Después, recientemente, culmina esta "actitud y poesía" con la declaración del poeta en plena madurez, hecha en México, en un acto como éste, en el Congreso de los Partidarios de la Paz. Es, seguramente, la decisión más trascendental que un artista y un hombre haya asumido en su vida:

"Quiero decirlo, por primera vez, una importante decisión personal, que no traería a este recinto, sino fuera porque me parece estrechamente ligada a estos problemas. Hace poco firmé un contrato en Budapest, para la publicación en lengua húngara de una antología de todos mis poemas. Y luego de firmado, en una reunión con traductores y editores, se me pidió que indicara yo mismo, página por página, lo que debía ser incluido en este libro. Yo había visto miles de jóvenes muchachos y muchachas que empezaban a llegar a Hungría, de todos los puntos del planeta, para participar en el Festival Mundial de la Juventud; yo había visto, entre los escombros de Varsovia, salir caras de jóvenes estudiantes que entre sus clases de anatomía levantaban de nuevo el destruido pedestal de la paz; yo había visto con mis ojos los inmensos edificios construidos en unas cuantas semanas sobre los escombros de Stalingrado, por 25 mil jóvenes voluntarios llegados de Moscú, yo escuché en aquellas tierras, como un rumor de abejas de una arboleda infinita, la alegría pura, colectiva, innumerable, de la nueva juventud del mundo.

"Y cuando aquel día, después de tantos años de no leer mis antiguos libros, recorrí, frente a los traductores que esperaban las órdenes para empezar su trabajo, aquellas páginas en que yo puse tanto esfuerzo y tanto examen, ví de pronto que ya no servían, que habían envejecido, que llevaban en sí las arrugas de la amargura de una época muerta. Una por una desfilaban aquellas páginas, y ni una sola me pareció digna de salir a vivir de nuevo. Ninguna de aquellas páginas llevaba en sí el metal necesario a las reconstrucciones, ninguno de mis cantos traía la salud y el pan que allí necesitaban.

"Y renuncié a ellas. No quise que viejos dolores llevaran el desaliento a nuevas vidas. No quise que el reflejo de un sistema, que pudo inducirme hasta la angustia, fuera a depositar, en plena edificación de la esperanza, el légame aterrador con que nuestros enemigos comunes ensombrecieron mi propia juventud. Y no acepté que uno solo de esos poemas se publicara en las democracias populares. Y aún más hoy mismo, reintegrado a estas regiones americanas, de las que formo parte, os confieso que tampoco aquí quiero ver que se impriman de nuevo aquellos cantos.

"Hemos llevado los poetas de este tiempo dentro de nosotros mismos las dos fuerzas contrarias que producen la vida. Y ha llegado la hora en que debemos escoger. No se trata puramente de escoger nuestra conducta: se trata de escoger la responsabilidad dentro de nuestro propio ser.

"Todo un sistema moribundo ha cubierto con emanaciones mortales el campo de la cultura, y muchos de nosotros hemos contribuido de buena fe a convertir en más irrespirable el aire que pertenece no sólo a nosotros, sino a todos los hombres, a los que viven y a los que van a nacer. ¿Por qué vamos a dejar marcadas nuestra huella sobre la tierra, como la que dejaría en la arcilla mojada la desesperación del ahogado?"

En esa ocasión la voz de Pablo Neruda no estaba sola, a su lado resonaba la de Joliot Curie, el más grande físico de nuestro tiempo, que, precisamente, como el gran poeta en busca de rastros materiales dió, quizá, con la antelata del dramático origen de la vertiginosa saeta. Joliot Curie, dice con voz angustiada, amedrentado ante el escamoteo de su hallazgo, de su propia ciencia:

"Que la admirable serie de descubrimientos científicos, iniciados a comienzos del siglo veinte por Henry Becquerel y por Pierre y Marie Curie, tengan como colofón el esgrimir sobre la especie humana la amenaza de su destrucción con la bomba de hidrógeno, constituye una grave advertencia para todos, y, en particular, para los hombres de ciencia.

"Como lo he dicho ya varias veces, los hombres de ciencia no deben ser los cómplices de aquellos, que una mala organización social, deja que exploten los resultados de sus trabajos con fines egoístas y dañinos.

"Nosotros consideraremos como criminal al Gobierno que primeramente utilice el arma atómica contra no importa qué país.

Nosotros, los Partidarios de la Paz, continuaremos nuestra obra de difundir la Verdad, de llamar a la razón y a la acción, sin subestimar ningún factor favorable, venga de donde viniere, pero sin ceder a ninguna amenaza ni a ningún chantaje".

No están tampoco solos estos dos modernos prometeos: están junto a ellos los más grandes valores en la ciencia y en el arte: Haldane, Ehrenburg, Bernal, Aragon, Eluard. Y aquí en Chile dos altas cumbres del arte americano con significación universal, Gabriela Mistral y Claudio Arrau, a quienes en este acto se les rinde homenaje como símbolos de paz; de esa paz definitiva, perenne, que la tierra necesita para que en ella el hombre desarrolle esa energía atómica en su beneficio y no en su destrucción. La paz, que con su hallazgo portentoso pueda suprimir la esclavitud, el mayor esfuerzo, y dedicarse más a sí mismo para dar las más bellas manifestaciones humanas, como en estos instantes las dan un Arrau, una Mistral, un Neruda.

Hace algunos días, supe por un amigo, que había llegado a Chile un libro inmenso, editado en México. Fui a verlo, se llama "Canto general", de Pablo Neruda. Es un ancho y voluminoso libro, una obra de arte tipográfico y de encuadernación. Al levantar la tapa se descubre un cuadro en colores del gran pintor mexicano Diego Rivera, con una interpretación de las imágenes de ese "Canto general". Al final del libro, en el interior de la contraportada, hay otra obra de pintura del otro gran pintor mexicano, Alfaro Siqueiros. Esta pintura es más simple, pero quiero decir más grandiosa para mí. Representa un hombre de faz borrosa y ciega, con un horizonte de fuego a sus espaldas, limitando un extraño mar de nutricio colorido, y emergiendo de él, con los brazos en alto como si fuera a abrasar la inmensidad.

No tuve tiempo para leer tan gran libro, quizás de cuántas páginas; me abismé, un poco. Pero cogí algunos retazos de ese final que, precisamente, habían inspirado la ilustración de Siqueiros, y los traigo aquí, como una primicia del último acento de la voz cósmica de nuestro gran poeta:

Yo soy un carpintero ciego, sin manos

He vivido
bajo las aguas consumiendo frío,
sin construir las cajas fragantes, las moradas
que cedro a cedro elevan la grandeza,
pero mi canto fué buscando hilos del bosque,
secretas fibras, ceras delicadas,
y fué cortando ramas, perfumando
la soledad con labios de madera.

Amé cada materia, cada gota
de púrpura o metal, agua y espiga
y entré en espesas capas resguardadas
por espacio y arena temblorosa,
hasta cantar con boca destruida,
como un muerto, en las uvas de la tierra.

Arcilla, barro, vino me cubrieron,
enloquecí tocando las caderas
de la piel cuya flor fué sostenida
como un incendio bajo la garganta,
y en la piedra pasearon mis sentidos
invadiendo cerradas cicatrices.

He visto el mal y al malo, pero no en sus cubiles.
Es una historia de hadas la maldad en caverna.
A los pobres después de haber caído
al harapo, a la mina desdichada,
le han poblado con brujas el camino.
Encontré la maldad sentada en tribunales:
En el Senado la encontré vestida
y peinada, torciendo los debates
y las ideas hacia los bolsillos.
He visto el mal y para
desterrar esta pústula he vivido
con otros hombres, agregando vidas,
haciéndome secreta cifra, metal sin nombre,
invencible unidad de pueblo y polvo.
Pero cuando vi piedra y argamaza,
torre y acero, sílaba asociadas:
cuando estreché las manos de mi pueblo
y fui al combate con el mar entero;
cuando dejé mi soledad y puse
mi orgullo en el museo mi vanidad en el
desván de los carruajes desquiciados,
cuando me hice partido con otros hombres, cuando
se organizó el metal de la pureza,
entonces vino el mal y dijo: "Duro
con ellos, a la cárcel, mueran!"

Otros fragmentos:

He renacido muchas veces, desde el fondo
de estrellas derrotadas, reconstruyendo el hilo
de las eternidades que poblé con mis manos,
y ahora voy a morir, sin nada más, con tierra
sobre mi cuerpo, destinado a ser tierra.

Otro:

Quiero que otros se preocupen de los osarios...
El mundo
tiene un color desnudo de manzana: los ríos

arrastran un caudal de medallas silvestres
y en todas partes vive Rosalía la dulce
y Juan el compañero...

De "Testamento"

Dejo a los sindicatos
del cobre, del carbón y del salitre
mi casa junto al mar de Isla Negra.
Quiero que allí reposen los maltratados hijos
de mi patria, desbaratada en su sagrada sangre
consumida con volcánicos harapos.

Hermano, esta es mi casa, entra en el mundo
de flor marina y piedra constelada
que levanta luchando en mi pobreza.
Aquí nació el sonido en mi ventana
como en una creciente caracola
y luego estableció sus latitudes
en mi desordenada geología.

Dejo mis viejos libros recogidos
en rincones del mundo venerados
en su tipografía majestuosa,
a los nuevos poetas de América.

A los que un día
hilarán en el ronco telar interrumpido
las significaciones del mañana.

(Disposiciones):

Compañeros, enterradme en Isla Negra
frente al mar que conozco a cada área rugosa
de piedras y de oro mis ojos perdidos
no volverán a ver.

Quiero ser arrastrado
hacia abajo en las lluvias que el salvaje
viento del mar combate, y desmenuza
y luego por los cauces subterráneos, seguir
hacia la primavera profunda que renace.
Abrid junto a mí el hueco de la que amo, y un día
dejadla que otra vez me acompañe en la tierra.

Yo no voy a morirme. Salgo ahora
en este día lleno de volcanes
hacia la multitud, hacia la vida.

Este libro termina aquí. Ha nacido
de la vida como una brasa, como los territorios
de bosques incendiados y deseo
que continúe como un árbol rojo
propagando su clara quemadura.

Libro común de un hombre, pan abierto
es esta geografía de mi canto,
y nacerá de nuevo esta palabra
tal vez en otro tiempo sin dolores,
sin las impuras hebras que adhirieron
negras vegetaciones en mi canto,
y otra vez en la altura estará ardiendo
mi corazón quemante y estrellado.

Así termina este libro, aquí dejo
mi canto general escrito
en la persecución, cantando bajo
las alas clandestinas de mi patria.

Hoy 5 de febrero, en este año
de 1949, en "Godomar
de Chena", algunos meses antes
de los 45 años de mi edad.

Una semana atrás, un amigo me invitó a un viaje por la costa. Nos detuvimos en Isla Negra; la casa de piedra del poeta permanecía cerrada, muda, con su carpintería sin manos ni ventanas, como una roca que el mar hubiera ido a dejar hasta la colina próxima. Había una extraña unidad de mar y tierra en aquel paisaje, algo vivo, que lo hacía aún detenerse y dejarlo estar, no sé si era el mar que se lo comunicativa a la tierra o alguna presencia aún más viva que andaba vagando entre sus límites. Ascendimos por un sendero, a cuya vera el agua había desnudado las raíces de un espinillo, ese árbol tan chileno, de corazón como un sol orlado por la noche y tan preferido en los cantos del poeta. En un recodo del sendero nos encontramos con un hombre del pueblo de esas tierras, que nos saludó confundidos con el poeta. Traemos el recuerdo con el respeto y la humildad con que esos instantes palpité nuestro corazón.

—Don Pablo Neruda está muy lejos de aquí..., está desterrado de Chile —le dijimos, sacándolo de su error.

—¿A don Pablo...? ¡Nadie puede desterrarlo de Chile. —nos contestó— ¡Aunque esté lejos siempre lo recordamos como si estuviera aquí...!

Me pareció que se llevaba la mano al corazón.
¡Sí, Pablo Neruda estaba allí, en el aire, en la tierra y en el mar, creciendo hacia arriba y hacia abajo en el corazón del espinillo, en el corazón de Chile, en el de ese hombre del pueblo, en el de ustedes, en el mío, porque lo hemos traído hasta aquí!